Historia de una insistencia temática: Castilla

por Concha Zardoya

1.º—Color y línea

Al evocar, desde aquí, la obra de Gerardo Diego, los primeros poemas que ganan mi memoria se refieren a impresiones de Castilla, tierra adentro, especialmente de Soria. Esta veta castellana, por otra parte, acaso sea la que con mayor profundidad e intensidad penetra en nuestro corazón y consigue más hondas emociones. Ante esos poemas que evocan a Castilla, nos sentimos tocados en lo más vivo, y participamos casi físicamente con el poeta de la íntima esencialidad de cada recuerdo paisajístico, de cada vivencia entrañable, de cada evocación por muy momentánea que ella sea. Lejos de España, Gerardo Diego se nos une a Antonio Machado, en una misma añoranza. Los poemas de ambos se enlazan, se complementan y hasta casi se unifican, para entregarnos una Castilla total, íntegra, vivificada y vivificante, real y única, sobrecogedora de puro cercana. Estudiar hasta qué punto se asemejan, se diferencian o armonizan entre sí estos poetas—aduciendo ejemplos, enfrentando y confrontando textos—, constituiría un interesante ensayo que quizá alguien haya hecho ya. Bástenos, por ahora, hacer constar que tal idéntica persistencia temática—desprendida de la gran variedad que nos presenta Diego, y recordando que Machado es "pobre y limitado como una cumbre"—, tal intensidad emocional para sentir un paisaje, les aproxima venturosa y fatalmente. Una misma tierra—pobre en verdor y frutos, pero rica en sustancia espiritual y en valores históricos y metafísicos—ha inspirado tal coincidencia: los mismos atardeceres y auroras, el mismo río—el Duero—, la misma ciudad de "muralla desdentada". Tanto el cántabro del mar—Diego—como el sevillano andaluz—Machado—han venido a encontrarse por distintos caminos—de Norte a Sur, de Sur a Norte—en el mismo punto, en el centro de la Península, casi en el corazón de España. Es un pobre pedazo de tierra castellana que ambos han sentido y han cantado con voz íntima y profunda, porque Castilla sólo puede ser cantada así. Quedan para Andalucía y Levante las brillantes metáforas, la exuberancia cromática, el barroquismo de imágenes y formas.

Mas de qué modo sienten el paisaje de esta región yerma ambos poetas? Cuál es la actitud de cada uno ante tal objeto lírico? Casi al instante podemos afirmar que el poeta andaluz—precisamente por haber nacido en Andalucía—se inclina a destacar el color. Un fragmento cualquiera puede servirnos como comprobación:

> Colinas *plateadas,*
> *grises* alcores, *cárdenas* roquedas
> por donde traza el Duero
> su curva de ballesta
> en torno a Soria, *oscuros* encinares,
> ariscos pedregales, calvas sierras,
> caminos *blancos* y álamos del río.

Castilla es, para Machado, plateada, gris, cárdena, blanca, manchada de *oscuras* encinas. Más adelante añade otros adjetivos de color: "montes de *violeta*", "suelo *gris*", "*parda* tierra", "rocas de *ceniza*", "*grises* calvijares", etc.

En cuanto a Gerardo Diego, advertimos en su "Romance del Duero" sólo *un* adjetivo de color: "barbas de *plata*"; en "El ciprés de Silos" sólo *uno* también: "*negra* torre de arduos filos". Las encinas para él no son oscuras sino invencibles; las sierras, sí, desde luego, son de piedra *gris* y *malva,* pero las peñas son eremíticas. Entre los ejemplos de que ahora dispongo (1), el poema que comienza "*Canta siempre y todavía*" es el que reúne más notas de color: amarillo, bermejo, cardenal, morado, verde, blanco (color de harina): en total, seis, número normalísimo en la adjetivación de Machado y extraordinario en la de Diego. El adjetivo de significado ideológico, de estilización y síntesis, en cambio, predomina en el autor de "Imagen". El trazo lineal, el rasgo dibujístico y el sentido de lo arquitectónico prevalecen en Diego. La idea se resuelve en línea. Machado es, pues, más pintor y más filósofo; Gerardo Diego, más dibujante y conceptual. Pero no hay panteísmo en ninguno de los dos. Ni el uno ni el otro se

(1)—Desgraciadamente, me falta aquí «Soria», el libro más importante para un ensayo como éste —por tal razón es incompleto hoy—, y sólo puedo servirme de los contados ejemplos que traen las antologías.

pierden en la Naturaleza, abrazándose a ella lánguidamente, entre perfumes y rumores. Más recio, sobrio e intenso, Machado; más ecléctico, ágil y moderno, Diego, aunque sus últimos poemas alcancen una expresión ceñida y sean una verdadera culminación de fondo y forma ("Alondra de verdad"). El andaluz es más melancólico, pero más uniforme y constante. Diego es de aristas más fuertes y bien talladas, de aquí su polifacetismo lírico. Seguro y extático, el primero; inquieto y cambiante, el segundo. El color, para Machado, expresa los aspectos de una o de pocas realidades. La línea, en Diego, constituye estructuras infinitas, relaciona melodías, y se quiebra y salta a veces, rota, en chispas.

2.°—Evolución o intensificación

Cronológicamente, "Soria" (Valladolid, 1923) nos da la primera interpretación de paisaje castellano. Luego, "Versos humanos", con "El ciprés de Silos" y el "Nuevo cuaderno de Soria" (Madrid, 1925). Por último, poco menos de veinte años después, aparece "Alondra de verdad" (Madrid, 1943). En estos libros se encierra la visión de Diego sobre Castilla. Es siempre la misma? Varían las emociones y los elementos que han sido objeto de recuerdo o de canto? Se insiste en los mismos? En una actitud—espiritual y artística—diferente? De un nuevo modo? Veamos. (Y lamento no poseer más que tres ejemplares del primer libro, escasa base para mi indagación. Los poemas son los siguientes: "Romance del Duero", "San Baudelio de Berlanga" y "Tejados de Soria").

En el primero—que canta al río más esencial e históricamente castellano—, notamos que en todas las estrofas (siete) alternan sólo dos clases de sensaciones: las que se perciben por la vista—aunque sin destacar o sobresalir las particularmente coloristas, como ya hemos advertido—y las que se captan por el oído. Entre aquéllas, la sensación de soledad predomina—*"nadie a acompañarte baja"* (1.ª estrofa); la ciudad *"no quiere ver en tu espejo = su muralla desdentada"* (2.ª); *"tú, viejo Duero, sonríes = entre tus barbas de plata"* (3.ª); *"y entre los santos de piedra = y los álamos de magia"* (4.ª); *"quien pudiera como tú = a la vez quieto y en marcha"* (5.ª). La sexta estrofa repite la sensación de soledad descrita en la primera, y, en la última, *"los enamorados"* pasan ante los ojos del poeta, del río y del lector. He aquí una serie de sensaciones visuales, de formas corpóreas, más o menos fotográficas, más o menos estilistas, que alternan con las que se perciben con el oído o que con él se relacionan. Citámoslas, sin olvidar que Gerardo Diego conoce e interpreta la música y que por tal razón su sensibilidad musical en poesía es algo propio y característico: *"nadie se detiene a oír = tu eterna estrofa de agua"* (1.ª); *"moliendo con tus romances = las cosechas mal logradas"* (3.ª); *"pasas llevando en tus ondas = palabras de amor, plabras"* (4.ª); *"quien pudiera como tú = cantar siempre el mismo verso = pero con distinta agua"* (5.ª); *"y nadie quiere atender = tu eterna estrofa olvidada"* (6.ª); *"sino los enamorados = que preguntan por sus almas = y siembran en tus espumas = palabras de amor, palabras"* (7.ª). Sólo la estrofa segunda carece de sensaciones auditivas, centrando su atención sobre la vieja ciudad, de espaldas al río, acaso porque no quiere ver en tal espejo *"su muralla desdentada"*, sus almenas rotas por los siglos. A pesar de que el poema se condensa en la estrofa quinta—en la cual el poeta quiere asemejarse al río, cantando siempre el mismo verso, *"pero con distinta agua"*, a la manera de Machado—y en la séptima—en donde el río recoge las palabras del amor, vieja música del mundo—, Castilla aparece ante nosotros, llena de soledad y eterna. La entrevemos en sus elementos paisajísticos esenciales: el Duero, las viejas murallas derruídas, los santos de piedra y los mágicos álamos. Nada más y nada menos. El cielo nos falta aquí, y nuestra sensibilidad sólo se orienta hacia la tierra que cruza el Duero, con su "eterna estrofa" que los hombres olvidan, excepto los enamorados, porque éstos buscan soledad y se encubren en la del río, en cuyas espumas siembran las eternas palabras de amor, palabras tan eternas como el transcurrir del río. Soledad y eternidad de Castilla, en síntesis, que se concentran en el río, al cual sirven de cauce, mientras él pasa y se queda al mismo tiempo, cantando los mismos romances desde el alba de los siglos. Si Gerardo Diego nos recuerda aquí los romances, Antonio Machado también decía "En las orillas del Duero": *"Y el viejo romancero = fué el sueño de un juglar junto a tu orilla"*. Ambos poetas, a la vez, nos han evocado el pasado histórico y literario. Diego las "murallas desdentadas"; Machado, las "decrépitas ciudades". Gerardo, con fino oído musical, nos revela a Castilla en esta nueva proyección—la auditiva—, sirviéndose del Duero, no como padre de verdores, sino de romances—coincidiendo con Machado—, de música eterna y rediviva. Los álamos de la orilla—desdeñando su color—no son verdes sino mágicos. Las formas paisajísticas se convierten en conceptos y en música. Castilla es una idea —soledad—y un leve rumor fluvial—rumor de eternidad.

En "San Baudelio de Berlanga", la sensación o presencia de Castilla se diluye en un juguetón funambulismo de sueño y ficción infantiles, en una fábula modernista o... cervantina. Las cosas dejan de ser lo que son para ser otras. No es todo una pura apariencia? Por una parte, recordamos a

Rubén: "elefantes", "gigantes", "quiosco de malaquita", "mezquita"... Por la opuesta, a Cervantes: No eran gigantes los molinos? Aquí son elefantes. Solamente el título, dos versos—*"Ya sería una cabaña = con ovejas trashumantes"*— y la palabra *maravedí* que cierra el poema, nos sitúan en Castilla: San Baudelio, los rebaños de merinos y la moneda medieval. Jugueteo intelectual, en suma, recuerdo de vieja conseja, alusión histórica. Castilla, aquí, es un fondo impreciso, sucesión de telones que aparecen y desaparecen. Pero *está* en espíritu y, sobre todo, en pasado: *"Y se los llevó un judío, = perfil de maravedí"*. (El juglar de Medinaceli nos hace un gesto, burlándose de tal judío...)

"Los tejados de Soria" nos presentan una auténtica estampa navideña, llena de gracia e improvisación: Soria es un "nacimiento", un Belén encantador. Los *"caprichosos e infantiles"* tejados, *"hechos al azar y de memoria"* se identifican con la estructura general del poema, incluso con la elección misma de sustantivos y adjetivos. Soria nos aparece construída *"por manos de arbitrarios poetas albañiles"*. Sus tejados, *"peinados y rizados"*, son propicios para el sueño, aunque pertenezcan a casas reales, concretas y actuales: el hospicio, el burdel, el convento, las casas con sobrados. (Nótese el contraste que media entre hospicio, burdel y convento: énfasis y funambulismo creacionista, pirueta intelectual, caricatura de lo pintoresco, sensación de realidad no por medio de la gradación sino del salto: triunfo de la agilidad, del claroscuro, de la pértiga y de la ballesta espiritual. Henos aquí ante una Castilla de magia y de arbitrariedad, de gracia y oración—*"todas las chimeneas en actitud orante"*, de ensueño y realidad: tejados, sólo tejados.

Efectivamente, "Soria" nos queda como una "galería de estampas y efusiones".

Y pasamos a "Versos humanos".

"El ciprés de Silos"—acaso sea uno de los más logrados poemas de Diego—, la más conocida de sus creaciones, sale a nuestro encuentro para transmitirnos el fervor que le traspasa y le devana hasta las estrellas. Este ciprés de Silos es síntesis y símbolo de todos esos cipreses que señalan los camposantos castellanos y que meditan en tantos claustros conventuales, enseñando renuncia y ascensión a los cuerpos y a las almas. Es un *"mástil de soledad"*, un prodigio de aislamiento en sí mismo—"noli foras ire, in te ipsum redde; in homine habitat veritas". A orillas del Arlanza o del Duero, allí está él, en su delirio enhiesto. Pero, en el claustro románico de Silos, es imagen y sombra del asceta castellano, del poeta filósofo, del místico y del monje. Santo Domingo, Gonzalo de Berceo y Antonio Machado se asoman con él y por él al cielo de Castilla—cielo del mundo, cielo de Dios—, en un "loco empeño", en un ansia de disolución en la atmósfera divina, en un delirio de muda ascensión vertical, señera. El ciprés de Silos es árbol-símbolo de la Castilla ascética, corroboración arbórea de sus fervores idealistas y místicos. Castilla, en este poema, es tierra de monasterios y abadías, suelo romántico de una fe remota, pobre sustento de unos campesinos rebeldes y resignados, señores de una choza y de la inmensidad del cielo, sedientos de agua y de eternidad.

El "Nuevo cuaderno de Soria", dentro del libro indicado, reúne seis poemas. El primero nos presenta a la cigüeña, *"vieja amiga de las ruinas"* y típico pájaro de Castilla, porque anual e inveteradamente visita las torres de las iglesias y los techos de las casas castellanas. Castilla es aire y nido de golondrinas y cigüeñas, aves todas trasmigrantes, pero que nunca la olvidan, pues antes morirán que dejar de visitarla cada primavera. La cigüeña que Diego nos describe, se ha identificado tanto con el espíritu de Castilla que su vuelo es *"campeador"* como el galopar del Cid. Esta cigüeña custodia las ruinas de Numancia y vive también en *"las peñas de Calatañazor"*, peñas que vieron la derrota del gran moro Almanzor. (Perdón por la similicadencia!). Y esta *"cigüeña de San Blas"... augura el luminoso abril"*. Pero... no llega a Soria. El poeta se lamenta de que, *"adusta"* la excluya de su decoración. Y la invoca como un *"magisterio de estilo, aventura y tutela"* para su arte poética. El poema termina con la alusión directa a la maternidad—es el pájaro que trae los niños: *"También, mocitas, vuestros sueños devana"*. Estas mozas son muchachas de Soria que sueñan con un hogar...

Castilla es interpretada, como vemos, a través de una de sus aves más típicas. Y es que Castilla tiene torres, almenas y tejados, abiertos y hospitalarios, manos cariñosas que acogen los nidos de estas aves y que, al mismo tiempo, disparan al cielo los ensueños del espíritu.

El segundo poema habla del *"viento que el Urbión desata, = que el Moncayo nos envía, = cuando la mañana asciende, = cuando la tarde declina"*. Es el usual viento castellano, frío, desolador. El poeta lo maldice porque arrebata las flores de Castilla, porque azota los chopos colérico y porque barre las frentes y los ojos. Viento de "uñas lívidas", glacial cierzo que barre la meseta.

El verso *"la sombra de las rocas sobre el río en remanso"* abre el tercer poema del cuaderno. Es la visión de un paisaje real—a orillas de un río, seguramente el Duero o el Arlanza—que el poeta recrea y revive trasladándolo al sueño. Rocas, un río remansado, juncos, águilas altas, la sierra que

"refleja en el río su piedra gris y malva", una barca que *"está invitando al viaje"* y, a lo lejos, una presa. En el sueño, las peñas y un cuervo que lleva *"en el pico la hogaza en lugar del graznido"*. Y, ante este paisaje, caracterizadamente castellano, el poeta sueña y filosofa: *"Dejemos que la vida mansamente nos fluya. = Dejemos que la sangre resbale de la herida. = Que el hondo pensamiento en aire se diluya, = y se lo lleve el aire trabado de la brida"*. El paisaje no invita a una plenitud de los sentidos, a un frenesí de formas y colores, sino al ensueño y a la resignación filosófica. Hasta el pensamiento, después, se diluirá en el aire, aspirando a la nada. Para qué las formas concretas en donde reina el espíritu? Paisaje que lleva a la evasión, a la huída total de este mundo y sus cuidados. Paisaje de renunciación senequista que ha sido capaz de dar—sólo él—a Jorge Manrique, a Fray Luis, a Don Quijote y al sencillo y desnudo Antonio Machado. Tierra eremítica que invita a la mirada alta y al viaje del espíritu por el océano del cielo.

El cuarto poema está dedicado a las *"plazuelas solitarias"*, *"desnudas de jardines, = florecidas de arenas"*. Con seis acacias, esperan once meses las tan soñadas fiestas: *"Columpios y charangas = y luces de la feria"*. Once meses tristes, silenciosas, casi sin doncellas y chiquillos: *"en diagonal de urgencia = os cruza el caballero, = la dama os atraviesa"*. Gerardo Diego ha captado, en visión rápida y certera, con un ritmo cinematográfico, uno de los aspectos más esenciales de los pueblos castellanos: la plaza, la plazuela, alma viva del burgo.

El quinto nos presenta otra estampa característica de las aldeas y ciudades castellanas: la estación. El poeta la trata con cariño, dulce y emotivamente: *"Disimulada y frágil como un nido"*. Está llena de paz, *"libre de humo y carbón, limpia de ruido"*. Por ella pasan las *"locomotoras de olvidados días"*. La estación las acoge y las despide, lo mismo que a los vagones *"con aperos de labranza"*, con un gesto mudo pero *"sensible al desconsuelo"*. No tiene un rostro indiferente, para el que parte o llega, como las ruidosas estaciones de las grandes ciudades. Ah! *"Los viajeros del amor y la fortuna = de ti hicieron la llave de sus sueños"*. Añade el poeta finalmente, con voz y emoción agradecidas: *"Estación de la paz. Viajes beatos = de luminosa, inmarcesible estela. = En mi álbum de paisajes y retratos = los vuestros guardo en múltiple acuarela"*. El poema ha captado este reducto vital de los pueblos, único punto que los une al progreso y al *"largo, torcido laberinto del mundo"*. Modestas, nobles, *"cauce ejemplar de la poesía"*, estas estaciones castellanas.

El sexto vuelve a recordarnos el Duero, con su agua *"delgada"*. El paisaje fluvial, ahora, se nos da con más notas de color que las habituales. La *"muralla desdentada"* es un *"castillo viejo"* que *"se va tornando teatral =del amarillo al bermejo, = del bermejo al cardenal"*. El sol de la tarde realiza el milagro. Mas, al advenir la noche, el castillo *"pronto morirá de frío"*. El cierzo vuelve yerta la tarde. Entonces, *"es más morada la huerta = más verdes las hortalizas = y más blanco el caserío"*. El frío castellano intensifica los colores, incluso los del poeta. Luego, adviene el rocío y todo... *"suda"*: el árbol, el santo de piedra... Es de noche ya. El poeta atraviesa el puente—*"puente de color de harina"*—, *"entre el cristal del relente = y el halo de la neblina"*. Así se van todas las *"tardes de hastío = junto a las márgenes del río"*. Pero el poeta siente una nueva esperanza al fin: *"Vendrá otro tiempo mejor. = Mañanas de amor = bajo los árboles en flor"*. El estribillo del hastío, repetido al final de cuatro estrofas, se ha hecho jubiloso en la quinta. Río, muralla, frío, rocas, huertas, caserío... Otra vez el Duero—una espada, camino del mar—, el sol de la tarde y el frío: Castilla, de nuevo, en una canción, cuyas estrofas de siete versos combinan tres clases de rimas: ABABCCC. El quinto verso introduce al primero de cinco sílabas—del estribillo: *"Tardes de hastío = junto a las márgenes del río"*. Estribillo—repito—que, en la última estrofa, se torna esperanzado; volverán el amor y la primavera! También Castilla tiene mañanas de abril y mayo!

Diremos, en resumen, que "Versos humanos" nos entregan una visión de Castilla, a través de seis elementos: el ciprés de Silos, la cigüeña, el viento frío, las plazuelas solitarias, la estación y el río Duero. Los poemas van rehaciendo el paisaje y sus ciudades humildes, rehallando la esencia de la tierra, en un prodigio de concreción y síntesis. Con respecto a éstas, el poeta ha avanzado un paso más desde el primer libro, en un proceso de intensificación centrípeta.

Y abrimos "Alondra de Verdad", libro de embriagada, de disparada hermosura, de poesía directa, vívida, auténtica, "luminosa y alada alondra".

Numancia se nos muestra, exenta y concreta, en el soneto número 10 que se titula "Revelación". Al declinar una tarde de agosto—*"augusto y lento"*, en *"Numancia del silencio y de la ruina = alma de libertad, trono del viento"*, ocurrió la revelación. El segundo cuarteto nos describe un puro milagro de luz, de luz que sólo es posible en Castilla:

> *"La luz se hacía por momentos mina*
> *de transparencia y desvanecimiento,*
> *diafanidad de ausencia vespertina,*
> *esperanza, esperanza del portento."*

Nos hallamos ante un instante mágico, éxtásis sin nombre. Pero... sólo estamos en el umbral de ese "portento" que, de pronto—en los tercetos—, se nos revela, en un sencillo pasmo, colmo del arrobo:

"Súbito ¿dónde? un pájaro sin lira,
sin rama, sin atril, canta, delira,
flota en la cima de su fiebre aguda".

El súbito pájaro, en trance febril, en supremo rapto creador, transmite el éxtasis de su música a las almas, su comunión suprema con la luz. El terceto último recoge el inefable instante:

"Vivo latir de Dios nos goteaba,
risa y charla de Dios, libre y desnuda.
Y el pájaro, sabiéndolo, cantaba".

Ni rama ni atril: sólo la cima del aire transparente. El ave es un intérprete de la extraordinaria comunión del espíritu con la alta luz de Castilla, luz de Numancia, luz de Dios. Castilla se nos revela en su forma más pura y más elevada: la luz. Luz que extasía y desvanece, que casi anega o mata los sentidos para cuanto no sea la contemplación de sí misma o del cielo. Luz que quema o arrebata, que remonta a un más allá que casi no es del mundo.

El número 16—"Cumbre del Urbión"—es la interpretación y memoria lírica de una excursión a aquel pico, desde donde el poeta columbró exactamente *"media España"*, pues la diafanidad del aire le permitió distinguir la sierra del Guadarrama, los Pirineos aragoneses y los Cantábricos. El primer verso es como un respiro ancho después de la fatigosa ascensión de montaña: *"Es la cumbre, por fin, la última cumbre"*. Desde ella, el poeta contempla el perfil de "media España", bajo la *"cenital rotonda"*, los valles y sierras dormidos, excepto algo: *"Pero algo, Urbión, no duerme en tu venero, = que entre pañales de tu virgen nieve = sin cesar nace y llora el niño Duero"*. Enternecida—y enternece—aquel manantial escondido, fuente remota del agua—vida!—de Castilla. Gerardo Diego, con este poema y su experiencia vital y real, ha llegado hasta la más secreta hondura de un paisaje: a la intimidad de una montaña, madre de un río generoso sin el cual Castilla sería un desierto implacable, una tierra invivible y casi impensable en estas alturas de la Historia.

El soneto número 34 se llama "El Viento". Es el viento de Madrid, en una noche de mayo. "Protervo chirimista" es el apodo que Diego le da en la nota que comenta el poema. Pero éste contiene epítetos increpatorios más violentos todavía. Así, el viento madrileño—que azota su ático con furia—es *"alimaña fugitiva"*, *"cólera ciega de testuz de chiva"*, *"lengua voraz de estímulos sin rumbo"*. El terceto que da fin a la composición, cita al viento, como un torero valiente al toro que está lidiando: *"Oh, duro viento, topa, embiste, brama, = crece en la ola sin fin, muérdete, expira, = alma y cuerpo fatal, de tumbo en tumbo"*. No increpa Gerardo Diego al viento del Moncayo ni del Urbión, sino al que sopla desde el Guadarrama, sierra divisoria de las dos Castillas. Viento que fustiga a la capital de las Españas, moderno corazón de Castilla, en dirección Norte-Sur, ateriendo a los madrileños o desvelando sus noches. Viento serrano con olor a pinos y cantuesos. Viento, también, de estirpe castellana, nacido acaso en el gran circo o cumbre de Peñalara, soplando desde allí era tras era, siglo tras siglo.

El soneto 39 nos da un nuevo "Ciprés de Silos". Pero es la ausencia quien le perfila, aunque la emoción directa del encuentro único aún perdura en la memoria y en la sensibilidad del poeta. El ciprés, en el cielo interior del creador, crece y se burila, *"y más y más se pule"*. Es huso, sombra de sueños. Es también *"clausura y vuelo, norma, eje = de mi espiral espíritu rondando = la paz que en tus moradas se entreteje"*. El cuarteto final es casi una invocación póstuma del poeta: *"Quiero vivir, morir, siempre cantando, = y no quiero saber por qué ni cuándo. = Sálvame tú, ciprés, cuando me aleje"*. "El ciprés de Silos"—que está en todas las Antologías contemporáneas—ha de salvar su nombre, ha de ser prenda de inmortalidad y gloria. Baste un poema por toda la obra de una vida! El poeta quiere asirse—porque su carne es mortal—a la criatura que ha creado y recreado. Porque ella—la viva y verdadera—se halla en Silos, esmerilando su aguja de ensueño, su chorro último de esperanza ultramundana.

Si recapitulamos ahora, advertimos que el tema de Castilla, a lo largo de su desarrollo a través de estos tres libros, más que evolucionar gradualmente, ha ido concentrándose, hasta lograr que cada verso se halle repleto de sustancia poética y significación esencial. Ya no hay funambulismo ni piruetas creacionistas, ni saltos mortales lógicos y líricos. La acrobacia, a veces disparatada, ha sido sustituída por una rotación en espiral por instantes más y más intensa. La concentración temática ha alcanzado un punto de cristalización máxima —mágica—de permanente vigencia. Lo que al principio era una aproximación al secreto de Castilla, en el último libro citado, se ha concretado y acendrado en versos y poemas de síntesis radiosa y trascendente. Todo culmina en una *realidad* plena y absoluta. Las sensaciones se han jerarquizado dentro de un plano superior de arte y de vida. Los sentidos han seleccionado sus objetos de percepción y han sometido sus sensaciones a la vigilancia de un arte maduro y en sazón, a la super-

visión estética de un talento magistral. Línea, color, arquitectura, idea, se han completado y armonizado de tal modo, que Castilla es, a nuestros ojos, una entidad radiante, casi un "ente realísimo". La abundancia imaginífera, la habilidad metafórica y discursiva—el gongorismo y el conceptismo moderno—han sido superadas por una poesía profunda, señera y álgida. Lo tradicional, lo histórico, lo contemporáneo, lo paisajístico y lo cósmico se aúnan y se centran en una criatura de arte perfecto. Castilla nace, renace tal como es: eterna y sencilla, luminosa y profunda. Qué lejos ya el creacionismo! Qué inocente resulta ya la imagen por la imagen! No se trata de decir por decir, de cantar por cantar, de asombrar por asombrar. Lo que el poeta ha pretendido y ha logrado es una obra artística y humana en plenitud. Castilla no es una entelequia ni una metáfora: es una realidad y una vivencia, un caudal de luz en eterna fluencia: es reino de vida y espíritu, el paisaje de más alta categoría estética y espiritual de toda España y quizá del mundo entero.

Gerardo Diego, con su "Alondra de verdad", ha llevado a Castilla a su cumbre: cima que honradamente le corresponde en la Poesía española de todos los tiempos.

Concha Zardoya